

LA



EL ÚLTIMO VESTIGIO DEL PASEO DE RONDA DE LOGROÑO

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: M^a Milagros Martínez González



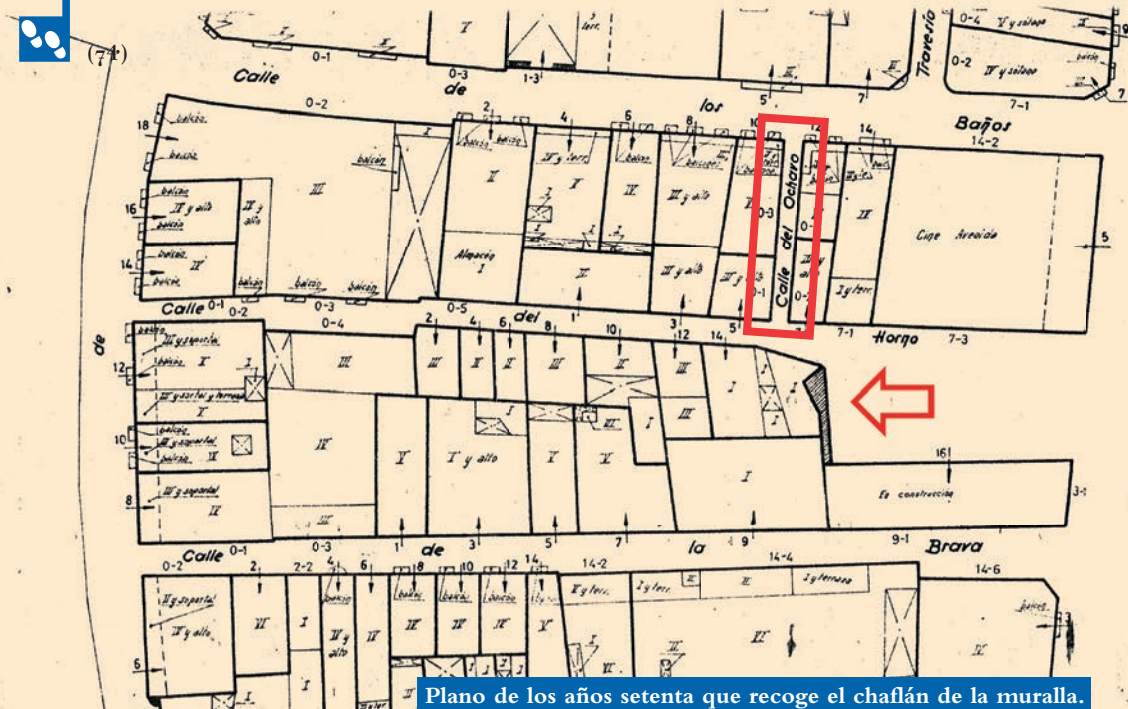
La calle del Ochavo es un pequeño callejón sito en La Villanueva, el más oriental de los barrios medievales logroñeses. Se trata de una estrecha calleja en sentido norte-sur entre las calles El Horno y Los Baños. Su localización es algo periférica respecto al centro histórico, no alberga ningún negocio ni tenemos constancia de que haya sido escenario de hechos memorables, pero es muy popular entre los logroñeses por ser la calle más pequeña de la ciudad. En efecto, su longitud no alcanza los veintidós metros y, en la parte central, tiene poco más de un metro y sesenta centímetros de anchura. Por ello se pensaba que su nombre venía de los ochavos, unas monedas de ínfimo valor empleadas entre los siglos XVI y XIX. Por extensión, al ser considerada un vial insignificante, nuestra calleja habría pasado a llamarse calle del Ochavo. Nada más lejos de la realidad: la calle del Ochavo tiene unos cuatrocientos años de antigüedad y su nombre, trazado y dimensiones son resultado directo de nuestra historia, de manera que no tiene nada de insignificante.

Y es que recientes investigaciones revelan que la calle tiene su origen en uno de los cinturones defensivos de la ciudad. Gracias a las excavaciones arqueológicas y a algunos planos conservados en los archivos podemos ubicar con gran precisión las sucesivas

La calle del Ochavo es la calle más pequeña de Logroño. Tanto su nombre como sus escasas dimensiones han despertado la curiosidad de vecinos e investigadores desde siempre. Conjugando topografía y toponimia con fuentes documentales y arqueológicas podemos identificar esta calle como un tramo del antiguo camino de ronda de la muralla logroñesa. El descubrimiento revaloriza el maltrecho callejón del Ochavo, pues es el único vestigio conservado del paseo de ronda de la ciudad, y arroja luz sobre uno de los aspectos más controvertidos del casco antiguo logroñés: la localización y caracterización de sus murallas.



La calle del Ochavo se encuentra en el corazón de La Villanueva.



Plano de los años setenta que recoge el chaflán de la muralla.

murallas que defendieron esta zona. Así, parte de la cerca medieval ha sido localizada junto a la iglesia de San Bartolomé. Dos tramos de la muralla moderna aparecieron entre las calles El Horno, La Brava y Hospital Viejo, y hay planos del siglo XIX que emplazan el recinto fortificado de la Guerra de la Independencia por lo que hoy es la Avenida de Navarra. Los sucesivos cinturones defensivos surgieron porque, conforme la villa iba creciendo, el espacio urbano se hacía insuficiente, las edificaciones sobrepasaban los muros y era necesario levantar otras fortificaciones que cobijaran las nuevas construcciones. Aunque apenas quedan las cimentaciones de estas viejas murallas, todas han condicionado la trama urbana que hemos heredado, y la calle del Ocho no es una excepción.

Según el Libro de *Cuentas del Muro de Logroño*, que es un extenso documento que recoge los gastos que conllevó la reforma del sistema defensivo a principios del siglo XVI, la muralla aledaña a la calle del Ocho fue levantada entre los años 1504 y 1507. Esta nueva muralla fue construida con motivo de la conquista del reino de Navarra, operación dirigida desde

Logroño por Fernando el Católico. Ampliaba el primitivo perímetro defensivo incluyendo La Villanueva, que era un arrabal extramuros surgido a principios del siglo XIII.

La localización de restos de esta muralla en las inmediaciones de la calle del Ocho permite identificar dicha calleja como el último vestigio del paseo de ronda de Logroño. Los paseos de ronda, también denominados caminos de ronda o, simplemente, 'la ronda', son pasillos adyacentes a las murallas que eran utilizados por los centinelas en las guardias de vigilancia. También la tropa los usaba para llegar de un punto a otro y distribuirse por las defensas sin tener que atravesar la ciudad. Puesto que era fundamental para la defensa de una plaza que

En documentos logroñeses del siglo XVI se mencionan 'las callejas de la ronda'.

Ocho es una palabra en desuso que significa 'chaflán'



El paseo de ronda permitía el paso de un hombre a caballo.

los caminos de ronda permanecieran como pasos francos, los concejos prohibían a los vecinos invadirlos con sus construcciones. En el caso de Logroño la normativa obligaba a dejar espacio suficiente como para que pudiera pasar un hombre a caballo, anchura que bien podría corresponder a las dos varas (1,66 m), que tiene la calle del Ochavo en la zona central.

En la documentación del siglo XVI aparecen con frecuencia menciones a las 'callejas que van a los muros', que aluden a las siete calles transversales que desembocaban en la muralla (actuales calles Hierros, Hospital Viejo, La Brava, El Horno, Los Baños, San Roque y San Gil), y también a las 'callejas de la ronda', que se refieren al camino que circunvalaba la muralla por el interior, al pie del muro. A pesar de tan explícitas noticias, este elemento poliorcético había pasado inadvertido hasta ahora, y los logroñeses desconocíamos que nuestra ciudad contó con un paseo de ronda.

En cuanto al nombre de la calle, el Ochavo, creemos que hay que descartar que fuera generado por comparación con la calderilla del momento. En la calle del Horno la muralla

muestra una inflexión que probablemente terminó bautizando a la calle: ochavo, o mejor 'ochava', es una palabra en desuso que tiene el mismo significado que 'chaflán', y designa un recurso urbanístico que consiste en unir con una línea oblicua elementos que no están alineados, eliminando las esquinas. Esta solución arquitectónica resuelve de una vez varios problemas como el desgaste de las aristas o la suciedad y peligrosidad de los rincones. Es un nombre bastante frecuente en los cascos históricos y en todos los casos responde a trazados achaflanados. Así, encontramos calles y plazas del ochavo en una veintena de ciudades españolas, estando los ejemplos más cercanos en las localidades de Samaniego, Sajazarra y Ventrosa.

Visto el probable origen del topónimo, cabe preguntarse cuándo empezó a emplearse. La designación oficial parece ser muy reciente: un expediente de obra del Ayuntamiento logroñés de 1898 que señala que la calleja que comunicaba la calle del Horno con la del Trujal (actual Los Baños) no tenía nombre, aunque vulgarmente se la denominaba del Ochavo. De forma que el nombramiento oficial debió producirse ya en el siglo XX. No

obstante, sancionó una denominación que los logroñeses venían empleando desde siglos atrás. En efecto, en el Catastro del Marqués de la Ensenada, redactado en 1751, ya encontramos la calle del Ochavo.

Gracias al mismo sabemos que en la calle había cuatro viviendas contiguas. La primera, de la que no constan medidas, pertenecía a los herederos de María Ventura Sáenz de Santamaría y estaba arrendada a José de Galilea, de 44 años, casado y con un hijo de trece años (José se ganaba la vida como recaudador de sisas reales, notario y comerciante). Esta casa limitaba con otra perteneciente a Eugenio Araoz y María Miguel de Diego, que medía doce varas y media de alto (10,46 m), seis varas de ancho (5,02 m), y siete varas y media de fondo (6,28 m): en ella vivía el zapatero y comerciante Juan de Viana, de 50 años, casado y padre de siete hijos. Colindante había otra residencia que tenía doce varas y media de alta (10,46 m), cinco varas y tres cuartas de ancha (4,81 m), y siete varas y tres cuartas de fondo (6,49 m), propiedad de Esperanza Zilbeti, que la tenía arrendada a Manuel Jirón (un zapatero de 33 años, casado y con un hijo de un año, una sobrina de 10 años, un criado y un oficial). Por último estaba la casa de la capellanía del presbítero Javier Sánchez, de la que no tenemos más datos.

Estas viviendas estaban situadas en el lado occidental de la calle, ya que el flanco oriental lo constituía la propia muralla. Entre mediados del siglo XVIII y los primeros años del XIX dichas casas desaparecieron, ya que no aparecen en el Registro y Apeo de Edificios de Logroño del año 1818. Es probable que se unificaran para conseguir dos residencias de mayor tamaño, con entrada por las calles del Horno y Los Baños respectivamente, que eran menos oscuras, sucias y peligrosas que el callejón del Ochavo.



Sin embargo, el apeo recoge una propiedad en el Ochavo que resulta difícil de interpretar. Recibe el n.º 1.087 y aparece descrita como ‘portal a piso llano’ situado debajo de los balcones de la casa principal del brigadier Antolín Blázquez. Se trata del único inmueble de todo el apeo logroñés descrito como ‘portal’, lo que puede darnos una idea de su singularidad. Creemos que corresponde a un hueco de paso abierto en la propia muralla para dotar de un acceso secundario a la vivienda construida

El nombre, la orientación y las dimensiones de la calle del Ochavo remiten a un pasado logroñés de unos cuatrocientos años de antigüedad



al otro lado de la misma, que tendría la entrada principal por otro lugar. Si acudimos a la calle del Ochavo, en lo que fue la cara interior de la muralla, se conserva una placa de policía, es decir, un azulejo con la numeración de los portales de la ciudad, con el número 687. Estas baldosas fueron encargadas al alfarero Tomás de la Ora por el Ayuntamiento en 1771 y, dado que esta propiedad no aparece en el Catastro de Ensenada, el paso debió efectuarse entre 1751 y 1771 (salvo error en el catastro).

PARA SABER MÁS

MARTÍNEZ GONZÁLEZ, M^a M., "La arquitectura civil pública: la muralla", *La producción cerámica en la Baja Edad Media: el alfar de la calle Hospital Viejo de Logroño* (La Rioja), Logroño, 2013, <http://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=40216>, pp. 128-138.

Entre 1772 y 1784 el portal perteneció al convento de San Agustín y lo habitaba el labrador Manuel Iñiguez con su familia. En 1818 era propiedad de los herederos de Julián Blázquez. En 1898 Nicolás Hernández solicitó y consiguió permiso del consistorio para abrir una puerta por la calle del Horno y convertir en ventana la que daba a la calle del Ochavo. Afortunadamente, las reformas del momento no eran tan expeditivas como las actuales, y el antiguo azulejo con la numeración del portal quedó olvidado sobre el vano, convertido en una pista para rastrear la historia del inmueble.

Estas informaciones demuestran que a lo largo del siglo XVIII el paseo de ronda había dejado de desempeñar funciones militares y se había convertido en una vía más del callejero logroñés. Efectivamente, con las fronteras del reino lejos de nuestra ciudad, las murallas perdieron importancia y vecinos e instituciones fueron apropiándose de las defensas: invadieron el paseo de ronda, edificaron sobre la muralla, colmataron el foso y abrieron portillos, pasos, vanos y respiraderos. Tras la construcción de un cinturón fortificado más amplio en 1811, las antiguas murallas perdieron todo sentido y fueron derribándose. Solo la existencia del referido portal impidió que el último vestigio del pasillo adyacente a la muralla fuera ocupado y que perdiéramos para siempre la calle del Ochavo.

Como hemos ido viendo, la calle del Ochavo atesora cuantiosa información histórica y urbanística. Conjugando su topografía y toponimia con las fuentes documentales y arqueológicas podemos identificarla, con bastante fiabilidad, como un tramo del antiguo camino de ronda de la muralla logroñesa. De hecho, constituye el único punto de la ciudad donde ha quedado fosilizado, dotando a la calle de un renovado valor. Y es que cruzar la calle del Ochavo es hollar los pasos de la guardia logroñesa siglos ha. Nunca más podremos decir que esta calle no vale un ochavo.